

razón por las dos y tengo menos que tú; no llores, hija mía, prosiguió enjugando las lágrimas que, como gotas cristalinas, se deslizaban por las mejillas de la joven: mira, allí viene Pascuala.

Volvióse Josefina y vió llegar, en efecto, á una negra alta, corpulenta y ya de edad avanzada.

Josefina se separó de los brazos de su tía y voló á su encuentro.

—¿Y mi madre? preguntó ansiosa.

—Está mejor, señorita, contestó la interpelada: venía á decíroslo.

—¿Ha preguntado por mí?

—Dos veces.

—¿Y mi padre?

Pascuala bajó la cabeza y nada respondió.

—¿Está malo mi padre? exclamó asustada Josefina, y mirandó á la negra con ansiedad.

—No, no, señorita, lo que está es furioso

—¿Furioso? ¿Por qué?

—Se ha incomodado mucho con uno de los esclavos de la casa, y está pensando en el castigo que se le dará esta misma tarde.

¡Santo Dios! exclamó Josefina: ¿y qué esclavo es ese?

—Daniel, el que se iba á casar esta misma semana con la negrita Elisa; como vos, señorita, os interesáis por todos los esclavos, fácilmente recordaréis quién es.

—¡Sí, sí! respondió Josefina; Daniel... lo re-

cuerto; el que cuidaba de mis macetas: el que me buscó un día un nido de pajaritos azules y rojos... el hijo de la vieja Nineta...

—Ese mismo: ¡ah señorita! bien sabía yo que vos teníais la memoria del corazón!

—¿Y qué ha hecho Daniel?

—Se ha separado del trabajo antes de la hora de costumbre para ir á ver á Elisa.

—¿No tiene otro delito que ese?

—No, señorita: ¡ah! si vos estuvierais en casa...

Y la buena Pascuala enjugó dos lágrimas, pensando en la suerte del pobre negro.

—Vete hasta mañana, dijo madame Renaudín, que este era el nombre de la tía de Josefina; así verás á tu madre, y suavizarás el rigor del castigo que va á sufrir ese desdichado.

—Gracias, tía mía, contestó la joven, abrazando cariñosamente á la buena señora; gracias y hasta mañana.

Y con la ligereza de una cervatilla, salió seguida de Pascuala, que la miraba con aire enterrecido.

II.

Josefina andaba con paso rápido, deseando llegar lo antes posible á su casa, á fin de evitar al pobre esclavo el castigo que le amenazaba.

Al dar la vuelta á un cañaveral, que sombreaba la margen del río, salió de entre la espesura una mujer vieja y casi cubierta de andrajos.

Era un sér extraño, medio mulata y medio gitana, que hacia poco había llegado al país, y que habitaba en una especie de caverna al pie de una alta montaña.

Josefina no la había visto nunca, aunque había oído hablar de ella: así es, que al verla se detuvo sorprendida, á pesar de su anhelo por llegar á la casa paternal.

La gitana se puso delante de ella, la miró á su vez con atención, y exclamó con acento enfático.

—¡Gracias sean dadas al que todo lo puede, por haberme puesto en presencia de la hija de la luz, del ángel de la montaña, la que tiene la cara de un serafín y el corazón de una paloma!

—Dejadme pasar, buena mujer, dijo la joven: tengo prisa.

—¡No sin que yo te diga, hermosa niña, la buenaventura! exclamó la maga: dame tu mano.

—Estoy de prisa, repitió Josefina; ya veis que va á hacerse de noche: ¡dejadme que me vaya!

—Poco tiempo podéis estar detenida, aunque oigáis la buenaventura, señorita, dijo Pascuala, que ardía en deseos de saber lo que iba á predecir la gitana: vamos, dadle vuestra mano, para ver lo que os espera en la vida.

—¡Tú estás loca, mi buena Pascuala! murmuró

Josefina algo confusa; pero antes de que hubiera pensado si debía retirarse ó permanecer allí, la maga se había apoderado de su blanca y pequeña mano, y parecía leer en ella algunos caracteres misteriosos.

—¡Vamos, hablad! exclamó Pascuala, que se moría de impaciencia, por saber pronto la suerte que estaba destinada á Josefina: hablad, porque tenemos prisa.

—¡Escuchad! empezó la maga con voz profética: escuchad, bella niña, dulce como la brisa que corre entre los árboles del bosque: os casaréis con un oficial francés de distinción, y esto será dentro de muy breve tiempo.

Josefina dejó pasar por sus labios una sonrisa. Y no es esto todo, prosiguió la gitana: quedaréis viuda joven aun, y volveréis á casaros con un guerrero, cuya fama llenará el mundo, y que os hará más que reina.

—Vamos, vamos, Pascuala, dijo riendo la joven; da algunas monedas á esta pobre mujer, y apresuremos el paso, pues deseo con impaciencia ver á mi madre.

La negra dió dos monedas de plata á la adivina, y siguió á la joven, que, á pesar de su aparente indiferencia, iba pensando en lo que había oído.

—¿No os ha impresionado lo que esa mujer os ha dicho? preguntó la negra.

—Un poco, respondió Josefina; pero no creo una palabra: ¡Cuánto se va á reir mi madre cuando lo sepa!

Ambas mujeres llegaron muy pronto al ingenio. Josefina, á pesar de la impresión que le habían hecho las palabras de la adivina, pensaba sin cesar en el pobre negro á quien iba á castigar su padre con tanta crueldad, y dirigiéndose al instante á la habitación de su madre, encargó á Pascuala dijese á aquél que necesitaba hablarle.

Madame Tascher de la Pagerie era una señora de edad ya avanzada, y cuya salud estaba minada por una cruel enfermedad: Josefina era la última de sus hijas, y por lo mismo había concentrado en ella toda la ternura de su corazón: sin embargo, mirando por la suerte venidera de aquella hija querida, la había cedido á su hermana madame Renaudin, señora muy rica, viuda sin hijos, y que adoraba á Josefina, y pensaba nombrarla su única heredera cuando pasase á mejor vida.

De esta suerte, la señorita Tascher de la Pagerie vivía rodeada de amor y de ternura, y aquella atmósfera cálida y perfumada contribuyó á hacer más exquisita su natural y delicada sensibilidad.

Cuando entró á ver á su madre, se hallaba ésta recostada en su ancho sillón: sus facciones se parecían á las de su hija; pero de la misma manera que se parece la rosa seca y ajada al capullo que se abre en el mismo rosal.

Aquella pobre mujer llevaba impreso en su rostro el sello de grandes y ocultas penas: siempre víctima del carácter feroz de su marido, y siempre disimulando lo mucho que le hacía sufrir, su salud había llegado á alterarse profunda é irremediablemente, y la alegría había desaparecido para siempre de su alma.

Abrazó á Josefina con íntima ternura y la llenó de besos, teniéndola algunos instantes apoyada en su corazón.

—¡Cuán dichosa soy al verte, hija mía! exclamó: tu presencia es para mí como el primer rayo del sol que nos envía la mañana, después de una noche de tempestad. ¡Ah! si pudiera tenerte siempre á mi lado, yo sería del todo dichosa y bendeciría la bondad del Todopoderoso.

—Y yo, madre mía, respondió Josefina, y yo también sería mucho más feliz al lado vuestro: las horas que os veo, son mis horas de alegría. ¿Queréis que me venga con vos mientras estéis mal de salud?

—¡Ah! exclamó la pobre madre; eso sería demasiada felicidad! Y luégo tu tía se ofendería con tu padre y conmigo... Mi enfermedad, hija mía, no es de las que pasan ó se alivian, no: ¡Ya no me dejará hasta el sepulcro! Vete á ver á tu padre, hija mía, prosiguió: también desea mucho verte.

—Sí, ¡sí! exclamó Josefina levantándose: necesito verle... ¡es preciso! tengo que pedirle que sus-

penda el castigo que va á imponer á un pobre esclavo... ¡Ah, madre mía! ya no me acordaba; iré, alcanzaré el perdón de ese desdichado, y luego volveré para contaros una cosa muy extraña que me ha sucedido al venir.

—¿Una cosa muy extraña?

—Sí, madre mía: he hallado á una adivina, á una maga...

—¿Y qué te ha dicho? preguntó sonriendo la madre, pues conocía á la profetisa.

—¡Que seré reina!

—Más que reina, añadió Pascuala: y casada dos veces...

—¡Casada dos veces! repitió estupefacta la madre: ¡Ay pobre hija mía! Si yo tuviera seguro el que te casases una, qué dichosa sería!

—¡Pues qué, señora! exclamó Pascuala: ¿no pensáis que este ángel pueda hallar un buen esposo? ¿Tan poco vale? ¡En verdad que sois muy injusta!...

—No quiero decir que mi hija valga poco, mi buena Pascuala, dijo madame Tascher, no: ¿quién puede estimarla más que su madre? ¡Ah! yo la creo superior á todos los tesoros de la tierra; pero la fortuna de su padre está comprometida de una manera hartó visible, y estas colonias francesas ofrecen pocos partidos admisibles. ¡Si yo pudiera llevarla á París!...

—Por fortuna, señora, la niña no oye vuestras

tristes predicciones, dijo la negra: ya se ha ido y pedir á su padre gracia para el pobre Daniel: ¿pero es justo, ama mía, que os martiricéis con tan poco motivo? ¿Pensáis que Josefina no hallará un esposo modelo? ¡Si pensáis así, sois por cierto bien injusta, no sólo con nuestra niña, sino también con la divina Providencia, que nos la ha dado!

—Tu cariño á Josefina te ciega, mi buena Pascuala, dijo la tierna madre sonriendo tristemente. ¡Ojalá el cielo escuche tus votos y convierta en realidad tus esperanzas!

—Yo estoy tan cierta de que sucederá, que desde ahora sólo la voy á llamar la *Reinecita* (1).

Y Pascuala, para huir de la prohibición que acaso su señora pudiera hacerle, de emplear aquel nombre para su hija, salió de la estancia y se fué á sus quehaceres.

Entretanto Josefina había corrido al cuarto de su padre, cuya puerta halló cerrada.

Una opresión de corazón la sobrecogió ante aquella puerta helada y muda, imagen fiel del corazón de aquel hombre.

A través de la cerradura se oían los pasos desiguales del colono, que medía la estancia sumergido en sus sombrías cavilaciones.

(1) Este era en efecto el apodo con el que se conocía á la señorita Tascher de la Pagerie en las colonias francesas hasta su casamiento.

Josefina, temblando, se acercó dos veces á aquella puerta, y otras dos volvió á retirarse; pero al dar un paso para retroceder, pensó en el pobre Daniel, y halló el valor que de otro modo no podría haber encontrado.

Con la palma de su pequeña y blanca mano dió un golpecito, y la dura voz de su padre respondió desde adentro:

—¿Quién es?

—¡Yo, papá!... contestó tímidamente la niña: ¡Yo... ábreme!

—¿Eres tú, Josefina? tornó á preguntar la voz, que entonces pareció más suave.

—Sí, ¿no me conoces?

—¿Cuándo has venido?

—Hace un momento, y después de ver á mamá he corrido á saludarte.

—Vuelve luego...

—¿Y por qué no te he de ver ahora, papá mío?

—Ahora estoy ocupado... luego te veré.

—No estás ocupado, repuso Josefina con voz serena, no obstante que se ahogaba. ¡No estás ocupado, porque te oigo pasear!

—A pesar de eso, no te puedo recibir: ¡Tengo pésimo humor!

—Sólo quiero decirte dos palabras.

—Luego.

—¡Ahora, papá! ¡Son muy precisas!

—¡Déjame en paz! gritó ya enojado el padre.

—¡Imposible, papá! Me he caído, me he hecho mucho daño, y es preciso que te lo enseñe.

—¡Te has caído! exclamó el padre, descorriendo al instante el cerrojo: ¡Te has hecho daño! ¿Y dónde, dónde?

Josefina quedó inmóvil y herida de sorpresa: en su deseo de que le abriera la puerta, no había calculado que su mentira iba á ser descubierta; así es que, cortada y confusa, no supo qué responder.

—¿Te has herido?... ¿dónde?... habla, exclamó su padre impaciente.

—¡Ah, papá! repuso la niña, tomando de repente su partido: ¡Me he herido... en un pie!

—Veamos la herida.

—Luego, luego: déjame entrar en tu cuarto.

Y Josefina abrió la puerta que guardaba su padre, y se entró en el aposento, apoderándose de una silla que ocupó.

Aquella estancia presentaba un aspecto casi lúgubre: un mueble de hierro, donde el colono guardaba sus valores, una mesa de encina tallada, unos cuantos sillones del mismo género, mapas, esferas, y una rica panoplia formada de armas extranjeras, componían el mueblaje: á pesar de ser aún temprano, ya había dos bujías encendidas, que ardían sobre la mesa de escribir.

El padre de Josefina tenía una figura severa, pero no ruda ó cruel: se conocía que las penas y los mil cuidados que traen los negocios habían

blaqueado prematuramente sus cabellos: en la mirada que fijó sobre su hija se advertía una ternura profunda.

—Papá, dijo Josefina levantándose y dejándose caer de rodillas delante del colono: papá mío, antes de enseñarte mi herida, quiero pedirte un favor.

—¡Un favor! repitió absorto Mr. Tascher.

—¡Sí, papá, un favor! el de que perdones á Daniel por la falta que ha cometido.

—¡Cómo! exclamó el colono: sabes...

—Que le vais á castigar.

—Y cruelmente.

—¿Por una falta tan leve?

—Por una falta repetida mil veces, y de la cual no se quiere corregir.

—¿Y cómo lo hará, papá? El amor es más fuerte que él, dijo la amable niña con una extrema y encantadora candidez.

—¿Cómo lo sabes tú? dijo el padre, que no pudo menos de sonreirse.

—Me lo figuro, papá: ¡El amor debe ser una cosa muy grande y muy bella, y yo lo juzgo por el que te tengo á ti!

El colono besó á su hija en la frente.

—¡Ah, picarilla! exclamó: ¡Cómo sabes por dónde has de engañarme!

—Yo no te quiero engañar, papá de mi alma, exclamó Josefina; al contrario, quiero evitarte el cometer una mala acción.

—¿De qué modo?

—Consiguiendo de ti que perdones á Daniel.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Se burla de mi autoridad, y da mal ejemplo á los demás esclavos.

—Sólo ha dejado el trabajo para ir á ver á su novia? ¡Y qué cosa más natural, papá! Cuando yo tenga novio desearás que me quiera mucho, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—Pues bien, entonces ¿por qué has de culpar á Daniel, porque quiere á Elisa?

—No es la misma cosa.

—La misma, todos somos hijos de Dios; en fin, papá, yo he sabido hoy una cosa que te alegrará, y te la voy á decir si me ofreces perdonar á Daniel, ó más bien, si me das su perdón para que yo se lo vaya á llevar.

—¿Qué has sabido?

—Me han dicho que seré casada dos veces: y la segunda con un guerrero que me hará más que reina.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La buenaventura.

—¡Qué! ¿tú crees á esa bruja?

—Cuando dice cosas agradables y bellas, sí.

Reinó el silencio durante algunos instantes: Josefina, á pesar de su aparente serenidad, tenía el

corazón palpitante y esperaba, temblando á la vez con la impaciencia y con la duda, el perdón del pobre esclavo. Por fin, fué su padre el que habló para decir:

—Vamos, enséñame el golpe que has recibido en el pie, y déjame solo.

—¿No llevo la orden de poner en libertad á Daniel?

—No.

—Pues entonces, papá, no me muevo de aquí, exclamó la niña con los ojos llenos de lágrimas arrancadas por el despecho y el dolor; he ofrecido llevar el perdón, y si me haces faltar á mi palabra, no me pongo ya más delante de esas pobres gentes: ¿Qué dirían de mí? ¡Eso sería vergonzoso!

—Ve y di que pongan en libertad á Daniel, dijo el padre: veo que te has empeñado en eso, y que no te irás de aquí si no consigues lo que deseas: enséñame la herida del pie, y vete á curarla.

—¡Ya está! exclamó Josefina saltando alegremente: no tengo herida alguna.

—¡Cómo! ¿Me has engañado?

—Sí, papá.

—¿Con qué objeto?

—Para que el afán de ver mi herida te hiciese darme el perdón de Daniel.

—Vete, pues, vete, y y déjame en paz.

—¡Papá! exclamó Josefina suspendiéndose al

cuello de su padre: en recompensa de lo que has hecho, voy á estar contigo ocho largos días.

—¿Y te dejará tu tía?

—¡Sin duda! Adiós y gracias, mi buen papá.

Jesefina abrió la puerta y salió de la estancia saltando como una cervatilla.

Dirigióse en seguida á la planta baja de la casa, donde halló á su negro paseándose por delante de algunas puertas cerradas.

—¿Cuál es el calabozo donde está Daniel? preguntó Josefina al negro que se paseaba.

—Aquel, señorita, dijo señalándole la segunda de las puertas.

—Ábrelo, mi buen Francisco; ábrelo de orden de mi padre.

—¡Ah, señorita! ¿Será verdad que traéis su libertad? preguntó enternecido el buen hombre.

—Sí, tanto he rogado, que me lo ha concedido.

—¡Sois un ángel, la providencia de todos nosotros, el ángel tutelar de los pobres esclavos!

Francisco abrió la puerta del calabozo, y Josefina llamó con voz dulce:

—¡Daniell!

—¿Quién me llama? preguntó una voz sorda y triste.

—Yo, Daniel: ¡Josefina! Sal, que estás libre.

—¡Dios mío! ¿es á vos á quien lo debo? exclamó el pobre negro, que de un salto se puso junto á la puerta: ¡Sí, prosiguió, á vos, á vos sola!

—Yo he alcanzado tu perdón de mi padre, dijo la amable niña; pero ten cuidado, porque mi padre dice que abusas de su paciencia: no dejes el trabajo antes de la hora señalada por ir á ver á Elisa: ¿No vais á casaros pronto?

—Dentro de un mes, señorita.

—¿Por qué, pues, esa impaciencia por verla, si dentro de breve tiempo será tuya para siempre? No pagues con ingratitud á mi buen padre, Daniel; aunque os quejáis de su carácter, ya ves cómo yo alcanzo siempre que sea con vosotros humano y generoso.

Daniel besó la mano de Josefina, y salió al campo en dirección á la choza de su anciana madre, donde Elisa le esperaba sin duda, llorando por el castigo que le amenazaba.

Josefina volvió al lado de su madre.

Allí, apoyada su cabeza en el regazo de la buena señora, le contó cuanto había pasado durante los días que había estado sin verla, le enteró de sus inocentes ocupaciones, y le habló de las labores que tenía proyectadas, de las limosnas que había hecho, y de las flores que cultivaba.

Porque Josefina tenía una verdadera pasión por las flores: en el jardín de su tía, un inmenso parterre estaba dedicado á sostener las flores más delicadas de los trópicos, los arbustos más raros, y las plantas más extrañas y más bellas.

Dos esclavos inteligentes en el ramo de jardi-

neria eran los encargados de aquel pequeño oasis, que daba cada día una rica cosecha de flores para embalsamar, no sólo el aposento de Josefina, sino el salón y la sala de labor, donde ella pasaba muchas horas del día entregada á sus labores y al cultivo de la música y de la pintura.

Así se deslizaba la bella, inocente y poética existencia de aquella niña.

III.

Un año apenas habia pasado desde los sucesos que acabamos de referir, y que, según creemos, han dado á conocer algún tanto el carácter de Josefina, cuando llegó á San Pedro un elegante joven, que se anunció con el título de vizconde de Beauharnais.

Todas las familias notables de la colonia se apresuraron á abrir las puertas de sus casas á aquel gallardo caballero, que llegaba de París con excelentes cartas de recomendación.

Una de estas cartas le abrió también la casa de Mr. Tascher, donde fué recibido sin etiqueta alguna, pues el estado de la esposa de aquél no la permitía.

—Mucho vais á echar de menos á París el tiempo que permanezcáis entre nosotros, señor